

BN
RD864.42
D473p

o Decora al

PAGINAS

1727

BIBLIOTECA NACIONAL



BN
RD864.42
D473p

ION

Director: Emilio G. Godoy

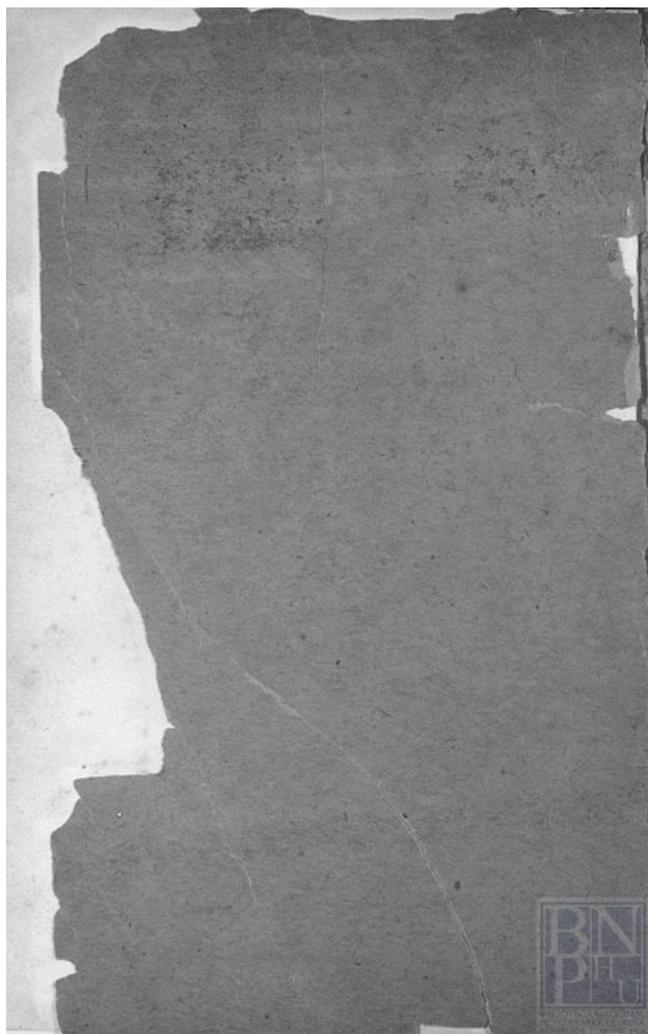
PAGINAS.



Lorenzo Despradel.

La Vega
Rep. Dominicana

Establecimiento Tipográfico
El Día



Para el querido Maestro
Don Federico, serena cumbre
de la intelectualidad hispano-
americana. Recuerdos de su

Admirador
Emilio F. Godoy

4.

Director: Emilio G. Godoy

PAGINAS.

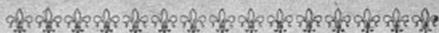


Lorenzo Despradel.

La Vega
Rep. Dominicana





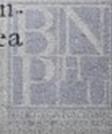


BN
RD 844-42
D 473 v
LIT

LINEAS.

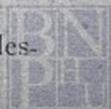
La personalidad intelectual de Lorenzo Despradel, observada serenamente en sus mas acentuados aspectos, resulta en un todo merecedora de conscientes encomios. Todo el mundo conoce el seudónimo *Muley* con que ha dado relativa notoriedad a su nombre literario. Desde muy joven, en plena alborada de ensueños e ilusiones, en la hora desdichadamente efímera en que el entusiasmo se dilata con ritmo apresurado en lo mas intimo de nuestra alma, sintió la atracción fascinante de los altos e imperecederos idea

023472



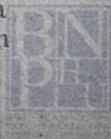
lismos de libertad y de justicia que constituyen los verdaderos y luminosos puntos cardinales de nuestra vida moral. Cerca, muy cerca, en Cuba, se lidiaba con simpatía heroica por alcanzar una redención política que había constituido ya el sacro y fracasado ideal de la generación que lanzara el grito de independencia en los campos de Yara, y Lorenzo Despradel, cuando solo contaba veinte años, vibrante de entusiasmo, se fué allá, al ensangrentado teatro de combate homérico, y lidió en él con gentil bazarria hasta alcanzar merecidamente el grado de Comandante en el ejército cubano. Le cupo la gloria de militar, en las horas más trágicas de la campaña, bajo las ordenes de Máximo Gómez, del gran caudillo que es para mí la última gran figura militar que cierra definitivamente el magno proceso de las guerras emancipadoras de América.

Lorenzo Despradel reveló, des-



de muy temprano, que existía en él verdadera vocación literaria.

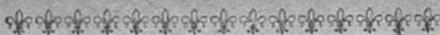
Este soldado escritor encontró en el cultivo de las letras agradable y útil esparcimiento. Desde el primer momento descubrió dotes de seriedad, de reflexión, de cultura, propios de quienes por impulsión interior no se contentan con cosas superficiales y efímeras y buscan siempre terreno apropiado en que levantar construcciones mentales de positiva solidez. Y a tales relevantes condiciones hay que agregar, como su necesario complemento, la posesión de un estilo que, sin ser extremadamente plástico y brillante, evidencia innegables cualidades de elegante sencillez, de claridad, precisión, sentido exacto de las proporciones y de otras cosas de indiscutible mérito literario. Para convencerse de ello basta recorrer estas páginas bellas, amenas y expresivas, de atractiva variedad, en que a cada instante se palpa que quien las ha producido es un



verdadero escritor de muy encomiables excelencias intelectuales.

FED. GARCÍA GODOY.





LOS GUIAS.

La vida es un aparato complicado, de múltiples resortes, cada uno de los cuales obedece a un determinado fin. Fuera de las funciones materiales que la Naturaleza ha adjudicado a cada ser viviente y de manera muy especial, a cada ser pensante, hay otras más trascendentales, de mas alta significación que son las que regulan el movimiento del mundo espiritual, que según la rara concepción aristotélica no se efectúa ni fuera ni dentro de ninguna esfera, sino en espiral gigantesca que vá



abriéndose gradualmente hacia el infinito.

El instinto, que es el residuo de animalidad que hay en nosotros y que casi siempre se sobrepone a los vacilantes dictados de la razón, es lo que nos empuja al egoísmo, freno de todo impulso que quiera llevarnos a la realización de grandes y nobles ideales. Los enamorados de la gloria, los ambiciosos de renombre y que quieren alcanzarlo así sea por los medios reprobables que lo logró Eros-trato; los q. se apasionan, en fin, por esas bellas abstracciones que han servido de vehículo a la humanidad para ensanchar el círculo de todo lo que es grande en el campo de lo moral, esos son hombres en cuya alma no se ha anidado el gusanillo ruin del egoísmo, y que han podido con el auxilio de la voluntad encadenar la fiera del instinto, que nos lleva por medio del disimulo al mimetismo, y

por medio de la innata propensión de conservar la vida, a la cobardía y a la degradación.

Darse, ofrendarse es el mas constante afán de toda alma generosa. El cubano Martí, el dominicano Sánchez, el universal Jhon Brown son hombres sobre los cuales descendió la gracia divina para ungir con óleo de purificación la parte material que los cubría. En ellos son sagradas y santas hasta las pasiones; y no hay en su existencia ni un ápice de mezquindad que empañe el brillo de su alma. Tanto como le es fácil a los hombres vulgares debatirse en la arena de esas realidades impuras que forman el acervo de la humanidad, le es difícil a ellos apearse de su pedestal de grandeza para intervenir sosegadamente en claudicantes transacciones q. rebajan ostensiblemente la magestad del hombre superior, del hombre de genio.



La misma abstracción mística de los que recabaron la santidad por medio del ascetismo, es amable siquiera sea porque su ejemplaridad puso austeramente la parte espiritual -que en ellos se desviaba de todo bien terreno- por encima de las deleznablez cosas materiales. Bien es verdad que la Tebaida musitadora y triste no puede tener en nuestro tiempo la resonancia altruista de Dos Rios, de El Cercado o de Harper's Ferry, sellado con la sangre de Brown, tres veces santo.

Hombre verdaderamente grande es el que, escudado en la fe de su destino se dá al sacrificio sin otro galardón que el íntimo contento del deber cumplido. El Gólgota es grande cuando redime, cuando regenera, cuando enseña; y la sangre que se vierte desde su cima deslumbrante se hace indeleble unicamente cuando esos altos móviles la olean



con el calor de su propia virtualidad.

* * *

Si la existencia no tuviera esas orientaciones espirituales que desvían al hombre de la natural propensión de rastrear por entre las impurezas corrosivas del materialismo, el mundo fuera una vasta feria en donde se cotizaran los apetitos al precio de las más degradantes claudicaciones. Los que se enamoran de la gloria no piensan tanto en sí como en sus semejantes. Se sienten impulsados por agentes secretos a la realización de sus proezas y obran a instancia de una solicitud que está fuera de ellos, como si un *Genio* presidiera sus actos y un gran *Designio* marcara la ruta de su vida. Jesús, Mahoma, Washington, Bolívar, Martí ¿no aparecen como iluminados, más que por la magnitud de la obra que realizaron, por la cons-



tancia, el ardor, la fé que pusieron para llevarla a la cima? No hay en la vida del genio ni un resquicio de jactancia, de vanidad o de pueril ensimismamiento que merme el caudal intrínseco del mérito propio, que se trasluce en actos impregnados de noble y emulador altruismo.

El vulgo ha confundido el celo que pone el hombre superior para salvar la obra -su obra- de la intervención dañina que sobre ella pudieran ejercer manos inhábiles o pecaminosas, con el egoísmo necio de los que nada edifican y con esa irascibilidad característica de los q. ponen por encima de todo, el timbre maculado de su nombre.

Martí, que era todo bondad de corazón y transigencia ingénita, se revolvía airado cuando alguien intentaba macular la obra que él moldeaba con paciencia de artífice, más para bien de su pueblo que para satisfacción de un afán de grandeza personal que nunca se albergó en su alma. Y es que

el sello de la verdadera grandeza está en la ignorancia del propio valor, en la ingenua sencillez de andar con la cabeza entre los astros sin sentir deslumbramientos ni desmayos que hinchen el nervio de la vanidad.

El hombre grande, dice Carlyle, no está nunca contento de sí mismo, y obra siempre empujado por el afán creciente de hacer más.

Cada obra realizada le marca una etapa de tristeza, porque está obsesionado con la visión del infinito. Cuando sus semejantes se ufanan por tejerle una genealogía celestial, envolviéndolo en un nimbo de exaltado providencialismo, él se cree solamente *un hombre*, un hombre en la acepción rígida de la palabra, unido al yugo de los más grandes deberes y de las más indeclinables responsabilidades morales.

Espíritus selectos, afinados casi siempre por la hostilidad del medio circundante, van ascendiendo por la escala de las generalida-



des hasta ceñirlo, todo a una fórmula que excluye completamente la idea individualista. Esos afectos nimios en los cuales vincula el vulgo la mayor parte de las excelencias morales, no caben sino muy relativamente en el alma del hombre genial. Se le llama casi siempre ingrato porque la misma amplitud de sus afectos imposibilita a los que le rodean, de *usufructuar* el natural ascendiente que él tiene sobre la sociedad. Ama en grande, y por esa misma razón el hombre para él, vale menos que la colectividad, a quien hace constantemente la ofrenda de su vida.

Por donde pasa el genio queda una estela luminosa, un vivo esplendor que no se extingue ni con el soplo aniquilador del tiempo.

Cuando muere, su alma se convierte en estrella que como la de los Magos guía a la humanidad a sus mas grandes y ennoblecedores destinos.

Octubre de 1918.



La Guerra y la Literatura

El malogrado Rodó, primero, y después altísimas personalidades literarias de Europa y América se han ocupado con interés creciente de interrogar al futuro para determinar la evolución que se operará en el campo del arte y de la literatura después que se haya apagado el fragoroso estruendo de las batallas que ahora están asolando las ciudades y campiñas de la vieja Europa. Un espíritu fino, delicado, a quien el horror de la hora presente ha movi-



do con un impulso de visión profética, ha predicho que los días subsiguientes a la paz tendrán la suave dulzura de aquellos que discurrieran después del milenario, en que los hombres, ansiosos de reposo espiritual, repudiaban las cosas materiales y buscaban en la religión el consuelo que necesitaban sus almas atribuladas.....

Es difícil adivinar el rumbo que seguirá la literatura después que Jano haya cerrado las puertas de su pavoroso templo; pero como ya se van esbozando las tendencias innovadoras y determinándose los lineamientos de las nuevas escuelas que florecerán sobre los escombros que ha ido amontonando esta guerra tremenda, no iría descaminado quien predijese la influencia que el *pesimismo* ejercerá sobre todas las formas de expresión que el arte ha sugerido al hombre. Habiéndose hecho tangible, evidente, lo que Brutnetière llamaba "la bancarrota de la ciencia," comprobada la ineficacia de

todas las escuelas filosóficas, hasta de aquella que emana del mismo cristianismo, para refrenar los ímpetus fieros de la humanidad, ésta se hará más triste y sufrirá más cruelmente las rudas embestidas del minotauro de la duda, lo que dará motivo a que se recrudezcan los fermentos pesimistas que todo hombre lleva dentro de su ser, ensombreciendo los más ocultos repliegues de su alma.

Enardecido en la actualidad el intelectualismo europeo por la roja visión que pone ante sus ojos el carro de Marte al correr por las llanuras encendidas, impulsado por el estrago bélico, se nota cierta tendencia romanesca, una recrudescencia *sherlokiana* que no es definitiva, sino consecuencia inmediata de las más violentas emociones. Cuando haya cesado el enardecimiento en que se debate la humanidad frente al cuadro pavoroso que tiene ante su vista, se operará el fenómeno,



no en la forma señalada por algunos escritores, sino como lo sugiere la lógica y como lo concibe la razón, puesto que nadie se explicaría, después de todos los ensayos que se han hecho dentro de las esferas en que se mueven respectivamente el espiritualismo ultramístico de Swedenborg y el realismo superhumano de Büchner, la intensificación del espíritu religioso, ni el entusiasmo que en otro tiempo despertaron los tanteos científicos de todos los que le adjudicaron a la materia propiedades que excluían categóricamente los altos dones del espíritu.

Frente al fracaso de las tendencias religiosas reavivadas esporádicamente por el pavor de las horas circunstantes; habiéndose hecho palpable la ineficacia de la ciencia para refrenar los impulsos de la bestia que se revuelve en lo más recóndito de nuestro ser, la humanidad se precipitará en la sima oscura del pesimismo, expresión morbosa de la impoten-

cia psíquica que solamente se ha manifestado en forma colectiva en los atormentados días del *milenario*. La guerra dejará un sedimento de tristeza que se reflejará especialmente en la literatura, puesto que ella es el paladín no solo de las ideas sino de los sentimientos del individuo y de la sociedad. El abatimiento de espíritu que trae consigo todo esfuerzo realizado para cohesionar la rudeza de las grandes catástrofes, de las grandes conmociones, ha de manifestarse en forma de tan acentuado descreimiento, que se necesitaran muchos años para provocar una reacción favorable al resurgimiento de las ideas, escuelas y sistemas soterrados junto con todos los escombros amontonados por la guerra.

La agresividad germana y su despreocupación para con todo aquello que constituía la piedra angular de la moderna civilización, ha sido la causa principal del fracaso que ha sufrido la hu-

manidad, que si no era completamente pura, simulaba respeto hacia todas aquellas abstracciones de que se alimenta el alma de los pueblos. Quebrantada la fé entre los hombres, por la suspicacia que esa nación ha sembrado en el seno de las sociedades a donde alcanza el radio de su influencia moral; relajados los vínculos que ataban a los pueblos, por la interpretación brutal que da ella a los tratados internacionales; y por sobre todo, la simulación religiosa con que quiere encubrir sus inconcebibles depredaciones, todo eso ha contribuído poderosamente al descrédito de las teorías morales y sociológicas que servían de paramento a la sociedad moderna, cuyo pensamiento, sin orientación fija, se mueve ahora como una veleta impulsada por vientos encontrados. Se ha perdido la fé tradicional, la que no admitía el examen de sus misterios sino mediante los procedimientos de un exégesis

convencional, y ha muerto la fe científica en que se vinculaba la organización de los grupos sociales tal como lo concebían Marx, Bebel, Kropotkine y los fracasados apóstoles del socialismo moderno. Cuando se haya apagado la gran conflagración, los más fuertes espíritus, las más vigorosas inteligencias querrán orientar sus pasos por una senda de tranquilo optimismo para disipar la espesa niebla de descreimiento que se cernirá por sobre todos los pueblos civilizados, pero se estrellarán contra la muralla impasible formada por la falange pesimista que le cerrará el paso a toda tendencia de resucitar el pasado, que en su alma ha de aparecer cargado de tan espesas sombras...

Quizás sean Hartman, Shopenhauer, Leopardi, los maestros de la nueva escuela, y entonces tendremos ocasión de ver lo que fue solamente una modalidad espiritual de determinados elementos de cultura superior, transforma-



do en religión de las masas populares. Ellas son las que consagran el triunfo de las escuelas literarias; y como la duda, el descreimiento quedará flotando en el ambiente después que haya terminado esta guerra tremenda, la literatura ha de ser por fuerza pesimista, como fué francamente romántica después que se apagó el eco de las luchas napoleónicas; como fué francamente realista después que con la derrota del 70 se abrió para Francia—madre del pensamiento—un paréntesis que ha de cerrarse con la victoria de las naciones aliadas, y francamente ácrata, sin freno que determinara sus tendencias, desde que se estableció la estéril pugna entre el cientifismo escolástico y el espiritualismo filosófico mantenido por hombres de potente cerebro, pero de flojas convicciones. Vencida Alemania, cuyo pueblo ha amalgamado inecongruente-mente el espíritu místico de la Reforma luterana con la pragmáti-

ca férrea de sus hombres representativos que preconizan insistentemente el imperio de la fuerza, aquel país quedará vacío de ideales, y más que ningún otro apreciará la magnitud de su doble derrota en el campo del pensamiento y en el campo de la acción.

Vencedoras las naciones que combaten el imperialismo teutón, el mundo respirará, como lo hace aquél que ha estado expuesto a un peligro inminente, pero esa victoria no borrará de su cerebro los horrores de esta hora de prueba durísima, ni de su alma la tristeza de ver fracasadas las doctrinas que un día creyó suficiente para alejar de la tierra el espíritu del Mal.

Junio de 1918.





UNA CIUDAD MUERTA.

Alguien se quejaba el otro día de que personas ignorantes y codiciosas, sin tener en cuenta el respeto que inspiran las cosas del pasado se hubiesen dedicado a derribar lo poco que quedaba de esas famosas ruinas de La Vega Real, para con esas piedras seculares fabricar raquíticas casitas de inquilinato.

Nuestros pueblos siempre se han distinguido por su espíritu demolidor, por su instinto de arremeter contra todo aquello q. de algun modo represente un valor histórico o arqueológico sin exceptuar

ni aun las reliquias familiares, q. en los pueblos de mayor consistencia moral, la tradición ha hecho intangibles, clasificándolas entre las cosas sagradas.

De niños asistíamos con el corazón oprimido a la demolición de esos viejos y claudicantes paredones, últimos vestigios de la grandeza de una ciudad que rememoraba, según la opinión de un cronista de la época, la elegancia y suprema alegría de las ciudades levantinas de la madre patria.

Ciudad de torneos, de zambras y de amorios, nimbada por una aureola de caballeresca elegancia, fué el asiento, el lugar de cita de esos magnates que cruzaban los mares en pos de "algo nuevo," pero a quienes no aguijoneaba el ansia de aventuras bélicas, así fuera contra esos pobres indios que oponían a la cota de malla acerada, a los atronadores arcabuces y a la fogosa acometividad de los corceles de los hombres de la conquista, su cuerpo desnudo, y la



inofensiva potencia de sus flechas.

Esos que se afincaban en la famosa Vega Real, eran señores del placer, de chambergos con vistosas plumas, de blancas gorgueras y elegantes ferreruelos, para quienes esa ciudad—naciente aun—era como un edén perdido en medio de una naturaleza prodigiosa.

Por sus calles resonaba el tintineo de las espuelas de oro; y en los días festivos se alegraba la urbe con el tropel de los famosos maquiñones que iban a justar, montados en briosos potros, a la amplia plaza en donde se daban cita las damas más bellas y los más apuestos caballeros.

Un día, sin embargo, se revolvió Plutón en su antro tenebroso, falsearon en un punto los cimientos del planeta, y la Vega Real se hundió entre el fragor dantesco de la más terrible catástrofe.

Y de toda aquella opulencia no nos quedó más que un montón de ruinas..... Torres abatidas y paredes aisladas en las cuales pren

dieron las parásitas, adornándolas con sus hojas verdes y los móviles flecos de sus raíces adventicias. El tiempo había vertido su vitriolo sobre esas ruinas, y entonces el hombre, mas implacable que el tiempo, comenzó su obra destructora.

Sin piedad derribó los restos del bastión que el arqueólogo Cronau copió lleno de admiración; horadó el suelo para buscar en el seno de la tierra edificios enteros, que fueron demolidos para utilizar esas piedras y esos ladrillos centenarios en la fabricación de hornos, si es que no los destinaban a usos mas innobles bajo la inconsciente mirada de las autoridades, que no podían comprender la devoción que unos cuantos sentían por cosa tan baladí como unas ruinas.

Y fragmento por fragmento, pedazo a pedazo fué desapareciendo esa Pompeya americana, no quedando de ella sino vagos vestigios, cuando ayer toda la vasta llanura que cerraban sus abati-



dos muros, estaba llena de sus recuerdos y daba testimonio de su grandeza pasada!.....

Lo poco que queda irá perdiéndose entre la revuelta hojarasca de esos campos en donde en otra resonaba alegre y festivo el repique de la campana que el higo legendario salvó, con sus ramas implicantes y piadosas, de la humillación del polvo, o de la vergüenza de haber sido transformada en almirez por un palurdo comarcano.

Los amantes de la arqueología solamente encontrarán en la vasta extensión que ocupa esa Thule mediterránea, fragmentos descoloridos de mosaicos moriscos, vestigios de alfarería de aquella época, y piezas herrumbosas que hacen evocar el brillo argentado y la flexibilidad de aquellas espadas toledanas implemento caballeresco que acrecia la arrogancia de esos rondadores nocturnos que se deslizaban por las oscuras ca-

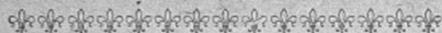
Ilejas en busca de aventuras amorosas.

No queda nada! Nuestro pueblo no comprendió, no ha comprendido, no comprende el lenguaje mudo de las ruinas, y su piqueta está siempre en alto para abatirlas, en vez de proveer a su conservación, para destruirlas, en vez de reguardar esas piedras que nos hablan de un pasado glorioso.

Si de La Vega Real no queda ya ni el punto geográfico por obra de la codicia y de la estupidez ambiente, salvemos las pocas ruinas que nos quedan siquiera sea para que no se ponga nuestra cultura en entredicho, suponiéndonos capaces de comer sin alzar nuestra viril protesta, el pan cotidiano cocido en hornos hechos con piedras y ladrillos arrancados de San Nicolas y de la casa del Almirante!

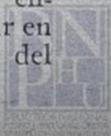
Febrero. 1918





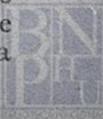
La novela en Hispanoamérica.

La rama de la literatura que con menos fortuna se ha cultivado en Hispanoamérica, ha sido la novela. Hemos tenido grandes poetas, elegantísimos prosistas y no escaso número de escritores que se han dedicado al estudio de las ciencias alcanzando justísimo renombre; pero todavía no ha hecho su aparición el verdadero novelista, el escritor en quien se encarna la facultad de penetrar en el corazón de la humanidad, del



individuo o de la historia para buscar en su fondo los elementos sintéticos de la vida y de la filosofía. Para aquellos que conozcan el fin primordial de la novela y se den perfecta cuenta de su importancia en el campo de la literatura, no han de tener nuestras afirmaciones nada de peregrinas ni de absurdas, puesto que no hay un solo argumento que pueda destruirlas.

Se ha dicho y se ha repetido hasta la saciedad que la novela necesita, como ciertas plantas, ambiente apropiado para dar sus frutos; y desgraciadamente, nuestros pueblos aunque tienen historia, carecen de tradición propiamente dicha; y el carácter de sus individuos no ofrece el aspecto equilátero de los que forman, por una estratificación secular que les da cierta fijeza incontrastable, el acervo de las sociedades europeas. No existiendo problemas de índole social o religiosa que pudieran dar margen a la novela



especulativa, y careciendo, por otro lado, de elementos apropiados para crear un género que se adapte al impreciso temperamento de nuestra raza, hemos tenido que conformarnos con narraciones sentimentales, influidas de un enfermizo espíritu personalista, de que es buen ejemplo *María*, de Jorge Isaacs; ó bien echarnos por los atajos del *folk-lore*, de un costumbrismo casi siempre poco edificante y del que acaso la más gallarda muestra sea *Cecilia Valdés*, del literato cubano Cirilo Villaverde.

Esa carencia de elementos ha influido en gran parte para que muchos de nuestros hombres de letras que se han sentido con vigor bastante para penetrar en los dominios de la novela, hayan tenido que pisar en los de la historia, único medio de salvar ese abismo que media entre la necesidad de crear que agujonea a los espíritus sólidamente preparados, y la infecúnda aridez del medio

circundante. Por ese motivo, ha sido la novela histórica la más socorrida en estos países de América que hablan la lengua castellana; pudiendo decirse que ese género que tan peligroso resulta para la historia y para la novela, por la misma razón de que —como ha dicho alguien— falsea los fundamentos de la una y de la otra, ha sido el más asequible para la entumecida imaginación de nuestros pueblos embrionarios. Del conflicto surgido entre esas dos ramas de la literatura, tan opuestas entre sí, ha nacido el anatema de los que no aceptan ese maridaje que se presta a confusiones de tal naturaleza, que muchas veces no se da cuenta el lector más avisado en donde termina la realidad y en donde comienza la ficción. Escasos, escasísimos son los literatos que han podido sortear esa gran dificultad limitando con tacto y discreción el alcance de cada una de ellas dentro de esa esfera que, no exclu-



ye el grado de sinceridad que todos exigimos al escritor, juzgando esa virtud como elemento esencial de su carácter.

El argentino José Marmol fué uno de esos afortunados. Su *Amalia*, que debemos considerar como una implacable lapidación a la memoria del tirano Rosas, es una de esas narraciones en que van del brazo la historia y la novela como dos buenos y leales camaradas que, unidos momentaneamente para un fin determinado, se separan luego, al final de la jornada, sin haber cometido el censurable delito de confundirse, haciendo imposible toda distinción entre ellos. En esa novela, lo que concierne a la vida tumultuosa del gaucho truculento no puede mezclarse con la ficción, con la trama urdida por el famoso escritor para hacer resaltar sobre el fondo sangriento de aquella tiranía sin ejemplo, el cuadro romántico de unos amores que tienen

su término en los negros dominios de la muerte.....

Vaciada en ese mismo molde, desenvolviéndose en el mismo escenario aunque con diferente decoración, apareció no hace mucho tiempo *La Novela de la Sangre* del distinguido literato Carlos A. Bunge, argentino también como el autor de *Amalia*, que no contando como éste con elementos apropiados para escribir una novela «nacional» genuinamente «novelesca» echó manos de la página histórica que de mejor modo podía contribuir a darle ese carácter, haciendo girar alrededor de ella su brillante fantasía que ha tenido fuerza y vigor bastantes para crear tipos que tienen derecho a vivir vida tan perdurable como la de los personajes que se mueven en los capítulos de esa obra magistral.

La novela *Silvia*, del chileno Pedro Lamas, escrita con el fin nada piadoso de amenguar la figura colosal del Libertador Si-

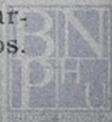


món Bolívar, para poner por sobre ella la del General San Martín, es una novela histórica, como puede colegirse del propósito a que debe su origen. Pero su autor cometió el grave pecado de falsear la historia, y la parte novelesca no pudo menos que resentirse de atentado de tal naturaleza, motivo por el cual cayó en el olvido después de haber suscitado rudas y vigorosas controversias que le proporcionaron éxito momentáneo en los ya lejanos días de su aparición. Siendo su factura impecable en lo que se refiere al lenguaje con que está escrita, no pudo abrirse paso como la *Amalia* de Mármol, ni como el *Enriquillo* del dominicano Manuel de Jesús Galván, conocidos por cuantos aman en estas tierras esa clase de literatura. Puesta en entredicho la parte novelesca, lo que animó la inventiva del autor no pudo sostenerse al romperse el eslabón que debía mantener la unidad indispensable de la o-

bra. La falsedad histórica—por razones de fácil comprensión—malogró la realidad novelesca.

Entre los ensayos, si no de tanta importancia como los citados, a lo menos con la suficiente significación para hacerse notar por las bellezas que encierra, debemos mencionar a *Bani*, de Francisco Gregorio Billini, novela en la que se mezcla el sentimentalismo de un drama que tiene reminiscencias de égloga virgiliana, con la evocación de tormentosas depredaciones de una época sombría en la historia de Quisqueya.

Como se ve, el fondo sobre el cual han querido calcar nuestros mejores literatos sus tendencias noveladoras, ha sido la historia o la leyenda. Los ensayos más serios que se han hecho sobre esa rama de la literatura, giran todos alrededor de episodios nacionales que señalan los vicios y horrores de ciertas épocas que desgraciadamente se repiten con harta frecuencia en nuestros pueblos.



Bogando corriente arriba hacia la fuente primitiva nos encontramos con pobres y desmedradas tradiciones que descansan en imprecisos mitos forjados por la imaginación intuitivamente panteísta de los indios aborígenes; pero esas tradiciones no han podido suministrar más que insignificantes elementos para enriquecer los vacíos estantes de nuestra biblioteca novelesca. Santo Domingo se muestra justamente orgulloso de su *Enriquillo*, leyenda que por su intensidad épica y narrativa, y la solidez de su estructura literaria se puede poner por encima de *Tabaré*, del uruguayo Zorrilla San Martín, y únicamente comparable por la importancia y originalidad del asunto, a la tradición de *Lucía Miranda* de que habla Ruy Díaz de Guzmán en su historia del Río de la Plata, y que tan hábilmente aprovechó el poeta Labardén, tomándola como argumento de su tragedia *Sísifo*.



El aspecto social de la novela en Hispanoamérica es aun mas desconsolador que los otros de que hemos hablado. Vaciada en un molde de ruines pasioncillas de aldea, o imbuida en un pomposo doctrinarismo político o filosófico que la aleja de sus naturales fronteras, la novela ha degenerado en insulsa diatriba, en hiriente panfleto despojado completamente de toda tendencia educadora y de todo encanto literario.

La Charca, de Zeno Gandía, en donde se refleja el vigoroso talento de su autor, mas que una novela es un curso de «socio-patía,» si se nos permite hacer uso de esa palabra inventada por un eminente publicista. Viene ella a ser la exhibición de un cuerpo gangrenado, comido por los vicios, sin que su trama ni su espíritu correspondan deliberadamente al propósito de fijarle derrotero a la novela en nuestras tierras.

Descendiendo un poco más nos encontraremos con *Todo, un Pue-*



blo, de Miguel Eduardo Pardo, y *El Cabito*, de Morantes, libros por cuyas páginas corre un río de hiel que hiere y contrista el alma.

¿Y para qué citar más...? Son innumerables las novelas que se publican con frecuencia en los países de la América que hablan el idioma castellano; pero ni una de ellas ha logrado «fijar» el carácter de la novela *netamente* criolla, que no ha hecho otra cosa que mostrarse a hurtadillas a través de ensayos atrevidos, de tentativas laudables que demuestran la flexibilidad de talento de nuestros literatos, entusiastas al punto de querer sacar oro de una mina en donde se laboran misteriosamente los elementos ignorados que han de formar en el futuro las vetas del precioso metal.

Ahora, una salvedad. Deploremos la inexistencia de la novela criolla en estos pueblos de origen español, pero pecaríamos de insensatos si no reconociéramos

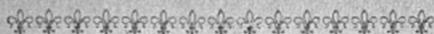
el mérito de obras como *Leonela*, de Nicolás Heredia; *Sangre Patricia*, de Manuel Díaz Rodríguez; *El Hombre de Hierro*, de Rufino A. Blanco Fombona; *Rufinito*, de García Godoy; *Peonía*, de Romero García, *La Sangre*, de Tulio Cestero, y otras muestras gallardas de la capacidad literaria de los hombres de letras de nuestras tierras entusiastas. Cada una de ellas revela, sin embargo, un «temperamento,» el yo íntimo de su autor, pero ninguna nos lleva de la mano al campo en donde ha de florecer «la novela criolla;» la copia fiel de nuestras costumbres, el tipo real de nuestras sociedades, reproducidas hasta ahora en calcomanías que dejan ver a la legua el artificio de sus recortados contornos.

Al juzgar contra nuestras propias opiniones anteriores, casi imposible «por ahora;» la creación de la novela hispanoamericana, no hemos tratado de destruir ficciones mas o menos emuladoras;



pero creemos que gana el ideal y se beneficia la literatura diciendo estas cosas, que si hieren a los q. viven narciscando en la clara fuente de las letras sin hacer por ellas nada de provecho, estimulan y vigorizan el nervio de la voluntad de los que forcejean con la pluma en alto queriendo abrir brecha para penetrar en los dominios de la novela *genuinamente* hispanoamericana.





Divagando.

Disipadas ya las últimas ráfagas del romanticismo, nadie se atrevería a exultar la soledad con tonos gemebundos, cantándola en versos almibarados, sin que hiriera sus oídos la más burlesca y desconcertante carcajada.

En la época de las untuosas cabelleras, de las languideces mórbidas y en que la tisis se estimaba como el más bello corolario de una vida pasada entre los estertores de la cursilería romántica, era la soledad tema inagotable de los poetas, que extraían de ella la esencia más exquisita de su poesía desmelenada y lacrimosa. El viejo Hugo supo, con su genio incomparable, sacarle a la cornamusa romántica sonos de una resonancia ética tan hermosa, que ni la regresión del severo



clasicismo, ni el cascabeleo de las escuelas modernas han podido apagar las notas evocadoras del cuerno de Hernani, que repercutió en el campo de la literatura con la misma fuerza que el de Rolando en las desiertas hondonadas de Rondesvalles. El mago de Los Castigos si le cantó a la soledad fué con alto espíritu filosófico y pudo, como el otro, decir paradójicamente que el hombre mas fuerte es el que está mas solo; pero no le cortó las alas a su numen haciéndolo rastrear por los senderos de esa poesia llorona q. caracterizó a la mayor parte de los bardos criollos que se engancharon en las filas del romanticismo.

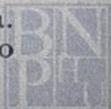
Juan Jacobo sin cantarle a la soledad, y no amándola, se acojó a ella en las horas de su irritante melancolía. El autor de las Confesiones, libro insincero, revelador de un espíritu desequilibrado, no iba a vagar por los bosques solitarios obsedido por

el ansia de beber poesía en ellos, ni de sentirla palpitar en el ambiente que lo circundaba, sino acosado por un instinto que era mas poderoso que su razón, y q. en esas horas borraba en él toda huella del filósofo y del artista.

Huraño, rencoroso y atormentado por dolores físicos que acrecían su mal humor, cuando se alejaba de los hombres y penetraba en la quietud de los bosques no iba a pensar ni a sentir, y lo hacia como una alimaña que tuviera necesidad de un escondrijo para evitar el contacto con los hombres.

Solamente los que se echan en brazos del infecundo ascetismo pueden amar la soledad, que es mas infecunda todavia. Los filósofos griegos pasaban la vida en ágapes suntuosos. Los poetas latinos amaban la vida en sociedad, y mas de uno de ellos almiaraba la existencia prosternandose ante los altares de Afrodita.

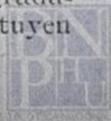
Virgilio, Horacio y el picaresco



Marcial, gustaban del tumulto y rimaban sus versos bajo la dulce caricia de ensoñadores ojos femeninos, aunque no es de dudarse de que alguna que otra vez sintieran la honda tristeza que causa "la soledad de dos en compañía," de que nos habla el autor de Doloras. El mismo Dante, que erraba triste y silencioso por las calles de Verona, cuando quiso escalar la cima excelsa de lo super humano, se acompañó de Virgilio y junto a él vió los horrores del Infierno y gozó las delicias del Paraíso.

La soledad es vieja loba que atisba entre el silencio y la inanidad de las cosas, la hora propicia para hacer presa en el corazón de los débiles, de los que, medrosos, no se atreven a librar las rudas batallas de la vida.

Los tristes, los taciturnos, los solitarios tienen un alma negativa, impermeable a esas agradables impresiones que constituyen la sal de la existencia.

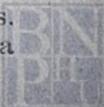


Bien está que Hamlet busque la soledad; nos explicamos que Electra vague con la mirada perdida en las ignotas lejanías, huyendo el trato de las gentes, por que esos son seres a quienes roe el corazón la serpiente envenenada del odio, la víbora silbante de la venganza.

Los sanos de espíritus van por la vida confundidos con las multitudes, y su alegría es la alegría de la humanidad, que ha mirado siempre con desconfianza a esos que sin mas compañía que sus pensamientos sombríos, viven apartados de todo comercio con sus semejantes.

Quien se engolfa en la soledad con ánimo de penetrarla, de conocerla, como aconsejaba el filósofo cubano, echa sobre su corazón el frío lastre de la misantropía, y mas se apartará de ella y menos la conocerá a medida que mas se aleje del centro a que convergen sus radiaciones esplendentes.

A medida que la humanidad ha

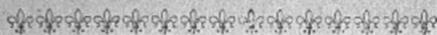


ido avanzando en todos los aspectos de su susceptible evolución, los huraños, los escépticos, los solitarios incubados al calor de un falso concepto filosófico y de enervadoras escuelas literarias, han ido desapareciendo. Solamente algun retrasado, uno de esos que sienten la nostalgia de aquel pasado romántico se atreve todavía a pasearse por los parajes solitarios fingiendo un recogimiento que trae el recuerdo de aquellos *lakistas* que recitaban sus poesias bajo los altos pinos y al fulgor impaciente de la luna.

Si el hombre ha nacido para vivir en sociedad, no violentemos esa tendencia natural y caminemos a la dicha, a la felicidad, al arte, a la ciencia y aun al dolor mismo, por la ruta de ese sano optimismo en que se sintetizan los mas vigorosos anhelos de la humanidad.

Mayo de 1918





La Poesia en Haití.

EN los pueblos hispanoamericanos no se conoce, ó se conoce apenas el movimiento literario y científico de la vecina república de Haití. El inconveniente del idioma por un lado, y por otro la falta de comunicación entre ese país y los otros de este Continente, ha impedido que se tenga un conocimiento perfecto de su desarrollo intelectual, superior en mucho á cuanto se imaginan los que se jactan, por un espíritu de risible *snobismo*, de conocer los misterios de la literatura china, pero que en cambio desconocen el florecimiento de las letras en un pueblo que está en nuestra propia vecindad.

Haití ha producido hombres de profundísimo saber, pensadores eminentes y un número considerable de poetas, algunos de los cua-



les ocuparán nuestra atención: en este pequeño trabajo, hecho solamente con el propósito de disipar el error en que muchos están al suponer que la "república negra" es campo cerrado á las manifestaciones del espíritu, y que sus hijos aman con más ardor las fuerzas del iracundo Marte, que las caricias prometedoras de la dulce Minerva. Nuestra intención, sin embargo, no es otra que dar á conocer algunos de sus poetas más renombrados; y dejaremos para momento más propicio la tarea de presentar á los lectores de esta revista el grupo respetable de hombres de ciencia con que se honra la patria de Toussaint y de Petión. Y como únicamente de los poetas hemos de hablar, justo es que comencemos por Oswald Duránd, que es el más alto representante de la lírica en ese país de los torrentes y de las montañas, y al que mejor le cuadra el título de "bardo nacional," por la única razón de que nunca bus-

có inspiración fuera del cielo de la patria, cuyas glorias y bellezas cantó con tan brillante y levantado estro.

Nadie como Oswald Duránd pudo cantar en versos armoniosos la Naturaleza de un país cuya historia tiene fulgores que deslumbran bien á pesar de la humildad de los que la escribieron con sus heroicidades y aún con sus fierzas, que depuradas en el crisol del tiempo han encontrado por fin justificación en el campo de la crítica histórica. Nadie como él pudo hacer de *Idalina*, la Venus negra, un retrato tan acabado como el que nos presenta en *Rires et Pleurs*, original periódico fundado por él y para él, del que desterró la prosa, llenando sus columnas con las rimas que le salían del alma con la misma suave y candorosa fluidez con que surge de la tierra un cristalino manantial.

Sa lévre qu' un dieu décore
Est encore



Bien plus brune que sa peau,
 Car de notre caimite
 Elle imite
 Le violet pur et beau."

Poeta de alma sana, influenciado por un optimismo noble y generoso, dejaba sus verdes campos, se olvidaba por un momento de sus encumbradas montañas y de sus bosques casi primitivos para decirle á los cubanos que luchaban por su libertad:

Cubains, si votre ciel si pur
 S' assombrit quelque temps, Dieu
 (chassera l' orage:
 Son souffle vous rendra l' azur!

Cuando Alemania, prevaliéndose de la potencia de sus máquinas guerreras y de la debilidad del pueblo haitiano, quiso humillar á éste imponiéndole el pago de una respetable suma de dinero como indemnización á supuestos perjuicios, ocasionados á rampantes súbditos del Kaiser, Oswald Durán tuvo un gesto digno de Juvenal y exclamó, lleno de indignación:

Ainsi que la France á la bande guerriére
 — Allemands, doublés de Prussiens —
 Nous jetâmes l' argent, le front haut, l' ame
 (fiere,
 Ainsi qu' on jette un os aux chiens.

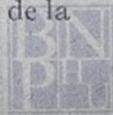
Hojeando la colección de *Rires et Pleurs* se adquiere la convicción de que se está en presencia de un poeta, de un verdadero poeta si ateniéndonos á la opinión de Carlyle hemos de tener por tales á los que aman á la Naturaleza y de ella extraen los elementos que constituyen la médula de la verdadera poesía.

Oswald Duránd propendió en los últimos años de su vida (murió en 1906) á darle un carácter eminentemente nacional á su labor poética, para lo cual valiose muchas veces del folklore, escribiendo canciones en el dialecto criollo (patois) muchas de las cuales han alcanzado fama imprecadera.

Después de Oswald Duránd justo es reconocer á Tertulien Guilbaud como el mas digno de figurar en segundo término en la lista de los

poetas haitianos. Aunque no hubiera escrito mas que su poema *Toussaint Louverture* y echáramos a un lado las otras poesias de su libro *Feuilles au Vent*, nadie osaria disputarle el puesto que aquí le señalamos. Se siente palpar en la rítmica cadencia de esos dolorosos alejandrinos el alma del negro guerrero que rompió con mano vigorosa la doble cadena de la esclavitud individual y colectiva, librando a sus hermanos del yugo de sus amos y libertando a su patria del yugo de la implacable metrópoli. *

El poeta evocando el momento histórico de mayor trascendencia en la historia de Haití, coloca al heroe en presencia de la escuadra francesa q. venia a restablecer la servidumbre en un pueblo que no la soportaria jamás y que prefería morir antes que perder la libertad que habia conquistado con valor y arrojo no superado por ningun otro pueblo de la tierra.



Solamente copiaremos una estrofa del referido poema para que el lector pueda darse cuenta de la maestría y donosura con que maneja el verso el inspirado portalista haitiano:

"Ah! ce n' est que trop vrai, ces vaisseaux
 (que je vois,
 Ces vaisseaux dans leur flancs ramèment l'
 (Esclavage...
 Se peut-il qu' en nos champs, du comman-
 (deur sauvage
 Vienne encore tonner l' epouvantable voix?"

Eso no obstante, y esto no debe dar motivos para que la crítica lo condene, Guilbaud está considerado como el más francés de los poetas haitianos, quizás por el apego que siempre ha mostrado a los grandes maestros como puede verse en muchas de sus composiciones de su libro *Feuilles au Vent*. Si hay pecado en eso, doble pena deben merecer los poetas de habla castellana que desdénando la tradición clásica del verso de su idioma nativo, se van tras las huellas de Baudelaire y de Verlaine aun a trueque de que



les acontezca lo que a la abutarda de la fábula.

Nos toca hablar por último del mas ático, del mas vehemente de los poetas de la vecina república.

Quizas el fin trágico de Masillón Coicou--que es a quien nos referimos--haya contribuido a acrecentar la admiración que sentimos por él desde que leímos sus primeros versos. Hay en su poesía imágenes, que seducen desde que se leen las primeras estrofas de sus poemas que hablan siempre con tristeza del pasado, pero que revelan una gran fé en el porvenir de su tierra querida. El optimismo que rebosa su alma le hace decir:

"Un peuple me meurt pas quand il á pour
(buossolle
La foi que raffermi, qui ravivi et console.
(etc.)"

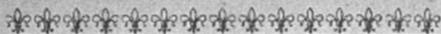
Enamorado de las tradiciones gloriosas de su pueblo, alza en cada estrofa un himno de alabanza á sus antepasados, y llora los errores del presente. Sin otro ob-

jetivo que el culto de la patria, su musa no tiene tiempo de pasearse desmayada por los campos rientes en donde Cupido agota las flechas de su dorado carcaj. Tiene inclinaciones épicas; canta siempre con entonación viril; y cuando lo hiere la visión de Pont Rouge, Crête á Pierrot ó el fuerte Verdier, exclama con acento casi homérico:

"Et plus fiers, et plus beaux, la baionnette
(au poing,
En masse, ils vont toujours, tombant, no
(cédant point."

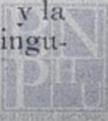
En suma, Haití tiene un grupo de poetas con los cuales se honraría cualquier país, y es lástima grande que no nos diéramos con más frecuencia á la tarea de familiarizarlos con los hombres de letras de Hispanoamérica, á fin de estrechar los lazos de confraternidad mental con un pueblo noble y generoso que merece el cariño y el respeto de sus hermanos del Continente Colombino.





Sobre Bibliografía DOMINICANA.

Alguien me decía en cierta ocasión, que los dominicanos habíamos avanzado muy poco, casi nada, en aquellas ramas del saber humano que se relacionan más directamente con la historia y con la filosofía. Debemos confesar, sin embargo, que ese alguien hablaba con perfecto conocimiento de la penuria intelectual dominicana, porque nuestra bibliografía es escasa, pobrísima; y desgraciadamente cuantos nos han visitado en circunstancias adversas o felices, apenas si se les ha ocurrido escribir el más insignificante opúsculo para narrar sus andanzas en esta tierra hermosa del cacao y la caña, que más que a otra ningun-



na se le pudiera llamar patria del *laissez faire* por la indiferencia casi musulmana que hemos puesto siempre en todas las cosas de la vida. Descartando las narraciones, memorias y comentarios de la época de la conquista, escritas por los hombres— alciones que la realizaron — no contamos sino con escasos libros que se refieran a nuestra tierra, bien a pesar de que ésta por su misma vida accidentada ha podido proporcionarle a los hombres de letras mayor cantidad de material histórico que otro ninguno para escribir multitud de libros que despertarian grandísimo interés.

Gracias a Charlevoix, que nos movió un poco; a Guillermin, que puso los puntos sobre las *ies* en ese asunto de la Reconquista en tiempos de Fernando VII, pocos son los extranjeros que se han ocupado de nosotros en términos que den luz bastante sobre cualquier periodo de nuestra vida.

Fuera de la «Historia de Santo



Domingo» de Delmonte y Tejada, obra bien documentada aunque deficiente en cierto modo por las lagunas que presenta en determinadas épocas de nuestra vida colonial, y del libro de La Gándara sobre la anexión a España y de la guerra a que ella dió lugar, poco ó casi nada se ha publicado aquí del año 44 hasta la fecha que merezca especial mención por haber sido escrito con el laudable fin de salvar del olvido episodios brillantísimos que debieran esmaltar las páginas de nuestra historia. La labor de José Gabriel García, que es a todas luces digna de encomio, deja, sin embargo, mucho que desear si se tiene en cuenta que la historia en los tiempos que corre ha ido despojándose de sus atributos meramente narrativos para revestirse con las galas del comentario discreto, que facilita al lector los medios de penetrar, casi sin advertirlo, en el vasto campo de la filosofía. Todo lo demás que se ha escrito sobre historia domi-



nicana no tiene mayor importancia; y hemos llevado nuestra incuria al punto de que, transcurridos muchísimos años y habiendo tenido ocasión de sobra para comprobar las inexactitudes en que incurrió La Gándara en su libro, no solamente al juzgarnos como grupo social, sino al hacer la narración de la epopeya restauradora, no lo hemos hecho; y esas inexactitudes han quedado en pie, con toda la fuerza de la verdad, porque nadie ha ido por los fueros de la historia a impugnarlas con la severidad que ellas merecen.

El distinguido historiógrafo haitiano Beaubron Ardouin al escribir sus comentarios sobre la historia de su país, puso en su docta pluma todo el ardor necesario para rectificar las calumniosas aseveraciones de Malenfant, Metral y otros escritores franceses, y para poner en buen punto las un tanto apasionadas de Panfil Lacroix, que escribió sus memorias desde un punto de vista

ostensiblemente frances, que equivale a decir ostensiblemente apasionado. Otro escritor haitiano, Mr. Price, escribió un libro interesantísimo no solo por la cultura que se refleja en él sino por el hecho de haber sido escrito principalmente para cohonestar la tendencia un tanto capciosa de Shoelcher de agrandar la figura de Toussaint en todo aquello que pudiera empequeñeserla, y empequeñeserla en todo cuanto de algún modo pudiera implicar causa de admiración para ese hombre genial.

Nuestros hombres de letras, los que han tenido a su disposición los elementos indispensables para poner a salvo el honor y el nombre de nuestros restauradores, no lo han hecho, y ahí están los desahogos de La Gándara menoscabo, sin juicio contradictorio, el caudal de su prestigio histórico.....

Por lo demás, cuanto hemos escrito sobre sociología, ciencias, fi-

lososia, arte, etc., etc., es tan insignificante, tan inconsistente que no merece ser citado sin antes advertir que todo eso no ha pasado de la categoría de pobres ensayos, frustradas tentativas que ningun rastro han dejado en el campo de las letras. Pero lo doloroso de todo esto es que tenemos que confesar que si no producimos nada serio, nada fundamental, no es por falta de preparación, ni por carencia de elementos, sino porque no hemos podido curarnos de esa abulia endémica que nos ha impedido avanzar por la amplia vía en donde se desenvuelven todas las actividades humanas.

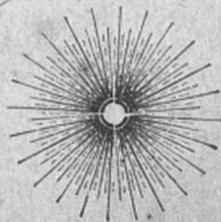
Nuestra incuria, nuestra dejadez ha sido causa no solamente de que no se nos tenga en cuenta por nuestra exigua producción intelectual, sino lo que es más triste todavía, de que hayan desaparecido tragados por la vorágine de nuestras disenciones domésticas documentos y archivos de incalculable valor, que conservados

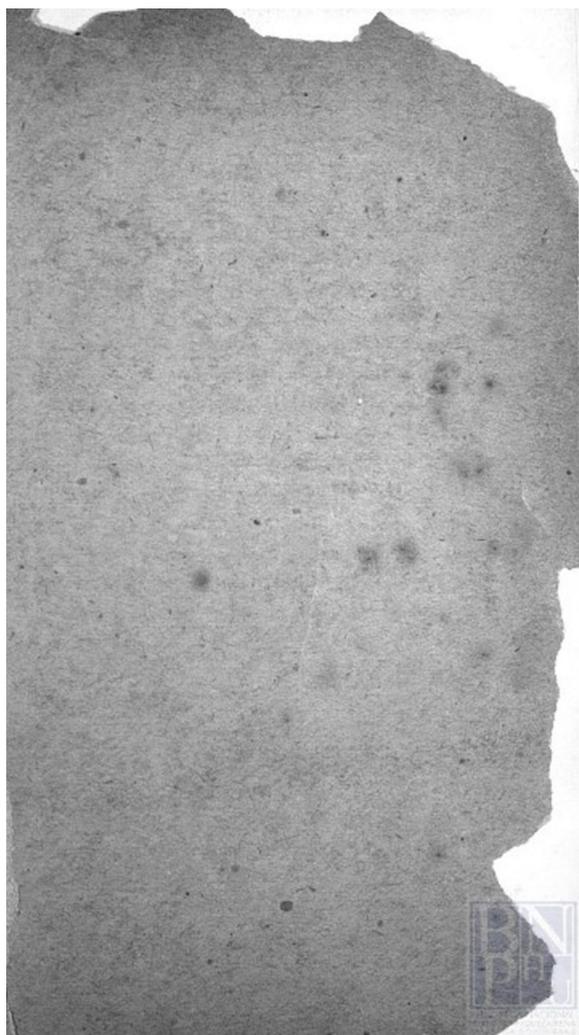
hubieran servido para reconstruir las deshechas páginas de la historia de este pueblo.

Apena el corazón el hecho de q, mas sepa el compilador haitiano Madiou del origen y desenvolvimiento de nuestra guerra de independencia, que los mismos dominicanos, creadores de la obra separatista.

¿No debe ser eso causa de pena, de hondísima pena?

Fbro 1918.





3

COLECCION
NACIONAL

✧ Los buenos autores
al alcance de todos ✧



Saldrán dos números por mes



PRECIOS
El número suelto \$ 0.25 oro.
Suscripción al mes 0.40 oro.

